

Anegados en llanto,
 Misera hácia la tierra revolvia
 Que, huyendo, decrecia.
 La triste noche su enlutado manto
 Sobre la tierra y sobre el mar tendia
 Cuando, á la diestra el palafren volviendo,
 Conduce á la infeliz sobre unas rocas
 Que, hendidas, abren espantosas bocas.
 Al verse sola en medio de un desierto
 Que al corazon mas firme diera espanto,
 Es el que siente tanto,
 Que, mas bien que mujer, cadáver yerto
 A semeja ó estatua. Sin aliento,
 Sin voz, sin movimiento, altas las palmas,
 Con llanto y languidez, sus luces bellas
 Alzando á las estrellas,
 Estar parece al que gobierna el mundo
 Echando en cara su dolor profundo;
 Y en sí, tras largo rato, al cabo vuelta,
 De este modo su voz en quejas suelta.
 « ¿Cuándo, ¡oh fortuna! cuándo
 « Cesará tu rigor de perseguirme?
 « ¿Asaz no hice á tus furiosos dando
 « Una existencia triste,
 « Que arrancarme pudiste
 « Sepultándome en medio de esas olas,
 « Y que á suerte mas cruda
 « Has reservado ¡oh bárbara! sin duda?
 « A mi angustiado pecho
 « ¿Qué es lo que queda por sufrir? Del trono
 « Donde á sentarme me llamó el derecho
 « Me derrocó tu despiadado encono,
 « Robándome el honor; pues si es seguro
 « Que ileso existe y puro,
 « Es seguro tambien que expuesto queda
 « A las sospechas, que algun tanto funda
 « Mi vida incierta, errante y vagabunda.
 « Y, perdido el honor, ¿qué es lo que resta

« A una infeliz mujer? Si soy hermosa,
 « Cual lo pretende el vulgo, bien funesta
 « Me ha sido mi beldad. No al cielo gracias
 « Tributaré por esta,
 « Causa fatal de todas mis desgracias.
 « Ella á mi hermano Argalia dió la muerte
 « A pesar de sus armas encantadas.
 « Ella de la impia suerte
 « De mi padre infeliz la causa ha sido.
 « Ella me ha reducido
 « A esta existencia errante. Despojada
 « Del trono de mis padres, sin amigos,
 « Sin patria, sin honor y aun sin morada,
 « ¿Para qué quiero, ¡oh pérfida fortuna!
 « La existencia que tanto me importuna?
 « Con bárbara piedad, ya que sumirme
 « No quisiste en las olas, si á lo ménos
 « En pábulo me dieras
 « A las voraces fieras
 « Que habitar deben estos hondos senos,
 « Por primer vez, al acabar mi vida,
 « Gracias yo tributárate rendida.»
 Miétras así sus quejas exhalaba
 La mísera doncella,
 El pérfido ermitaño, que seis dias,
 Por desusadas vias,
 Llegara á aquellos sitios ántes que ella,
 Su pena advierte desde una alta roca,
 Y, al punto descendiendo,
 Cabe ella se coloca,
 La mas profunda devocion fingiendo.
 Maravilloso efecto la presencia
 De un sér humano en los sentidos obra
 De Angélica, que no lo reconoce.
 Calmada, pues, un tanto su zozobra,
 « De mi suerte infelice,
 « Oh padre, compadécete, » le dice,
 Y, entre sollozos mil, su cuita grave

Refiere á aquel que cuanto pasa sabe.

Con devotas palabras el anciano
Su pena amarga á mitigar empieza;
Pero, bien presto, con aleve mano
De su faz y su seno la pureza
Osa tocar, y, con inmundo labio,
A la belleza y al amor agravio
Se preparaba á hacer, cuando animosa
La vírgen le rechaza,
Su faz tiñendo de carmin y rosa.

Sacando entonces un frasco del bolsillo
El viejo atroz, del liquido que encierra
Con una gota apaga todo el brillo
De los mas bellos ojos de la tierra.
Rendida por el sueño mas profundo
Angélica los cierra,
Y en poder queda así del viejo inmundo.
Entónces sí que sus virgineas gracias,
Con torpe mano y con mas torpe boca,
Impunemente él toca.
Solo con ella al verse en un desierto,
Su horrendo crimen consumir medita;
Mas en sus venas muerto
El fuego está que su ansia necesita:
Y, cual rocin que, tras penosa marcha,
Sintiendo ora el talon, ora la rienda,
Quiere alzar la cabeza
Y el paso acelerar, débil tropiezo
Y al suelo arrastra su inflexible dueño;
En vano así, por su ansia consumido,
Vino á tierra el hipócrita, rendido
De cansancio, de cólera y de sueño.

Pero, bien que de Angélica no acabe
Aquí la cuita grave,
Del Norte y del Ocaso
Los apartados términos traspaso.
Hay mas allá de la remota Irlanda
Una tierra nefanda,

De cuyos moradores

Percieron los mas á los furores
De la grey espantosa de Proteo.

Cuentan, ciertas ó no, viejas historias,
Que aquel solio ocupaba
Un poderoso rey. Joven y bella
Hija tenia, por la cual Proteo
Dentro del agua enciéndose en deseo,
Y á la orilla del mar solo con ella
Encontrándose un dia,
De su audacia y su amor le da tal prueba
Que en sus entrañas la infeliz la lleva.

Del inflexible padre fué tremendo
El enojo al saber aquesta nueva,
Y razones y excusas desoyendo,
Mandó que, con el párvulo inocente,
Perciera la madre delincuente.

En su furia violenta,
Al escuchar tan bárbara venganza,
Proteo del ganado que apacien'a
Los monstruos todos á la orilla lanza,
Que los campos destruyen,
Los rebaños, las casas y los pueblos,
De do aterrados los vivientes huyen;
Y á las fuertes ciudades muralladas
Y por hombres sin cuento custodiadas
Ponen estrecho asedio.

Consultado el oráculo, responde
Que el medio, el solo medio
De aplacar tanta cólera seria
Presentar en la playa cada dia
Al irritado dios una doncella,
Hasta que, una tan bella

Cual la que fué sacrificada, hallando,
Sáciase en ella su furor infando.

Triste es allí de la beldad la suerte
Desde que existe usanza tan sangrienta,
Pues del monstruo la saña no contenta,

A cuantas bellas ve da cruda muerte,
O, al volverse á la mar, á una orca impía
De devorarlas la mision confia.

No podré yo afirmar si de Proteo
Es verdadera ó no toda esta historia;
Lo que es cosa notoria
Es que la ley existe. Triste cosa
El ser mujer es ya por donde quiera;
Allí, no solo es triste, es espantosa.

¡Guay de la dama á quien fortuna fiera
Tal vez conduce á aquel paraje infausto,
Donde es gran bien hallar una extranjera
Que ofrecer á Proteo en holocausto!

De mujeres exhausto
Empezándolo á ver sus habitantes,
En bajeles sin número á distantes
Playas corriendo sin cesar, conducen
Doncellas mil que ya por fuerza roban,
Ya con el oro ó la ficcion seducen,
Doncellas mil de todas las naciones
Que de la insula pueblan las prisiones.

De estos viles corsarios
Una barca pasando acaso un dia
No léjos de los sitios solitarios
Donde, en los brazos del astuto viejo,
La desgraciada Angélica dormia,
En busca de agua fresca y de madera,
Desciende á la ribera
La chusma que rigiéndola venia.

¡Oh beldad soberana!
¡Joya mil veces demasiado hermosa
Para gente tan bárbara y villana!
¡Oh fortuna cruel y rigurosa!
¿Quién pensará que en la existencia humana
Influjo tanto tengas, que alimento
Hagas de un sér cruento
A la beldad cuyo celeste influjo,
Desde el suelo del Cáucaso al indiano,

Al mísero Agricano,
Con media Escitia, á perecer condujo?

La gran beldad que fué por Sacripante
A su honor y á su imperio preferida,
La que empañó del paladin de Anglante
La fama esclarecida,
Y por quien vió Levante
Su gente toda inquieta y conmovida,
Sola, afligida, hoy yace en suelo extraño,
En los brazos del pérfido ermitaño.

A la barca, do gime
Harta indefensa dama, á quien oprime
Dolo igual, condúcenlo con ella,
Y á la cumbre del mástil levantada
La lona ven al despertar que, hinchada
Por recio viento, los impele á tierra.
Allí, dentro de un fuerte
La fiera gente á la doncella encierra,
Hasta el fatal instante de su muerte;
Mas, fué tanto el poder de su hermosura
Aun sobre aquellos pechos inhumanos,
Que entregarla al suplicio difirieron
Mientras hallar pudieron
Otras doncellas que exponer al monstruo,
Y el pueblo todo vió con sentimiento
Llegar por fin el crítico momento.

¿Quién, quién puede decir cuanto suspiro,
Cuanta queja la dama al cielo manda?
Yo por mi no me admiro
Si con su acento ablanda
La roca, á que sujeta,
El fin contempla de su suerte infanda.

Mas el dolor me fuerza
A que los ojos tuerza
Hacia otra parte. Sosegado un tanto,
Mas tarde acaso emprenderé mi canto;
Canto que acaso á compasion moviera
A la mas cruda fiera

Que de la Libia en las arenas brama.
 ¡Oh, si llegar de su angustiada dama
 Pudiera el eco hasta el señor de Anglante!
 ¡Oh, si saber Reinaldo y Sacripante
 Pudiesen de su Angélica la pena!
 Por romper su cadena

Acorrieran veloces, ¡mas en vano!
 Que de su prenda cara
 Una inmensa distancia los separa.

El cerco de Paris, en tanto, hacia
 Con gran teson el hijo de Troyano,
 Llegando á tal extremidad un día
 Que sucumbir bajo el poder del Moro
 Creyó ver Carlos á las leyes de oro.
 En trance tan extremo

Al cielo el rey sus súplicas dirige,
 Y, apiadado del riesgo que le aflige,
 El Hacedor supremo

Con abundante lluvia el fuego apaga
 Que hacerse dueño de Paris amaga.

En la callada noche, el triste Orlando
 Vuelve y revuelve la penosa idea
 Que, en su alma siempre fija
 Y siempre en incesante movimiento,
 Cual el rayo del sol que de onda clara,
 Do siempre bulle, nunca se separa,
 No da un solo momento
 De tregua á su agitado pensamiento.

En nuevos y mas férvidos deseos
 Su corazon á cada instante inflama
 La imagen de la dama
 Cuya huella perdió junto á Burdeos
 Desde el día fatal de la contienda
 En que el Bávvaro duque huyó su tienda.

Grave pesar en su ánimo angustiado
 Este triste recuerdo producía.

« ¿Es posible, decia, que tu agrado
 « Despues de conseguir, ¡oh vida mia!

- « Haya yo, necio y loco, renunciado
 « A vivir á tu lado noche y día?
- « ¡Ah! ¿porqué, al verte al duque abandonada,
 « De su poder no te arrancó mi espada?
 « Guardado al ménos en Paris te habria
 « O con buena custodia en algun fuerte;
 « Que lo que mas aflige el alma mia
 « Es ver á quien se encomendó tu suerte.
 « ¿Quién defenderte, quién cual yo podria,
 « Cual yo que hacerlo debo hasta la muerte?
 « ¡Oh mi vida, mi bien! Todo me dice
 « Que debí, pude hacerlo..... y no lo hice.
 « ¿Dónde sin mi, tan jóven, tan hermosa
 « Diriges hoy el vacilante paso,
 « Cual corderilla que en la selva umbrosa,
 « Del hato dulce separada acaso,
 « Mientras con voz cuitada y lastimosa
 « Anuncia al mayoral su acerbo caso,
 « Por el lobo voraz tan solo oida,
 « Pierde á sus garras la indefensa vida?
 « ¿Do estás, mi bien y mi esperanza, agora?
 « Tal vez, por esas selvas caminando,
 « De hambriento lobo ó de onza robadora
 « Víctima fuiste, léjos de tu Orlando.
 « De tu beldad la flor encantadora
 « Y otra mas bella aun, que conservando
 « Fui siempre en tí con largo afan, sin duda
 « Cedieron de otro á la violencia cruda.
 « ¡Oh sin ventura, oh misero! ¿qué espero
 « Para morir, perdida ya esta joya?
 « ¡Eterno Dios! de mi suplicio fiero
 « Tu Majestad los ecos no desoya,
 « Que de mi vida y mi alma desespero
 « Si á mi flaqueza tu poder no apoya. »
 Asi llanto y suspiros exhalando
 Entre si dice el infeliz Orlando.

Mientras que, por do quiera, los mortales
 Reposo dan á sus cansados miembros,

Cual sobre muelle pluma,
 Cual entre musgo, peñas ó zarzales,
 Orlando solo, cuyo pecho bruma
 Grave dolor, el párpado no cierra,
 O, si tal vez lo cierra algun momento,
 Sueños fatales doblan su tormento.

Figurábase el héroe trasportado
 A un verjel delicioso,
 De las mas bellas flores esmaltado,
 Y allí mirar el alabastro hermoso
 Que amor tiñó de púrpura, y la viva
 Lumbre que tanto corazon cautiva;
 De la tez hablo y de los bellos ojos
 Que al paladin de Anglante dan enojos.

Llénase aqueste del mayor contento
 Que venturoso amante sintió nunca;
 Mas, alzándose en esto airado viento,
 Las flores aja y los arbustos trunca.
 No forman mas horrisono concierto
 Luchando, el Noto, el Austro y el Levante,
 Como el que oye el de Anglante,
 Que en vano do á cubierto
 Ponerse busca por aquel desierto.

La dama en tanto, sin saber por donde,
 En los oscuros aires desaparece;
 Y, buscándola, el conde
 Por selvas y por campos va corriendo,
 Exclamando: « ¡ Infeliz! ¿ quién mi ventura
 « En pena cambia y en martirio horrendo? »
 Calla luego un instante, y se figura
 Escuchar el acento de su dama
 Que su favor reclama.

Adonde oye la voz, lijero acude,
 Ansioso mira al uno y otro lado;
 Mas se acrecienta su pesar no viendo
 A nadie en derredor, y se redobla
 Y centuplica, oyendo
 Otra voz que le dice:

« Para siempre, infelice,
 « Renuncia á verla. » En esto se despierta,
 De lágrimas su faz halla cubierta;
 Y, sin pensar cuan falsas son del sueño
 Las imágenes vagas, sobre todo
 Cuando las forja un insensato empeño,
 El riesgo ve de Angélica; del lecho
 Lánzase henchido de furor el pecho,
 Su espada toma, ciñe su loriga,
 Sobre el robusto Bridadoro monta,
 Y su camino á comenzar se apronta
 Sin escudero que sus pasos siga.

Y por poder, sin mengua de su lustre,
 Arrostrar todo género de empresas,
 Tomar no quiere la divisa ilustre
 De cuarteles de plata y amarillos.
 Quizá tambien porque de su alma triste
 Cuadre mejor con el profundo luto,
 Una armadura toda negra viste,
 Que fué no ha muchos años de Amostano,
 A quien dió muerte con su propia mano.

Así, sin despedirse de su tío,
 Ni de su fiel amigo Brandimarte,
 De larga noche bajo el manto umbrío,
 Sin ser por nadie descubierta, parte.

De la fuga de Orlando con disgusto
 El sabio Carlos escuchó la nueva,
 Que de su brazo intrépido y robusto
 Hoy mas que nunca ha menester la prueba;
 Y, del honor de su sobrino en mengua,
 Mas de una vez se desató su lengua,
 Añadiendo que eterno
 De esta fuga castigo sufriria
 Si á su presencia al punto no volvía.

Brandimarte, que al conde
 Un cariño sin límites profesa,
 Ya que de hacerle abandonar su empresa
 Abrigue la esperanza,

Ya que escuchar mas tiempo le repugne
El vituperio que á su amigo alcanza,
En busca suya aquella noche vuela,
Y, por temor de que tal vez lo impugne,
Su noble plan ni á Flordelis revela.

Es esta una doncella, á su alma cara,
Modelo de prudencia

De gracia y de beldad. Sin su licencia

De ella jamás su amante se separa,

Y si intentarlo hoy osa

Es que volver espera á su presencia

Antes que de su esposa

Torne el sol á los brazos; mas en vano

Le aguarda Flordelis. Un mes se pasa;

Brandimarte no vuelve,

E impelida del fuego en que se abrasa

A partir tambien ella se resuelve,

Y varios climas en su busca corre.

Mas dejo á Flordelis, dejo á su amante,
Que me reclama el paladin de Anglante.

Del fuerte Almonte las gloriosas armas
Abandonando, llégase á las puertas,

Y, en baja voz, al jefe que las guarda

Su nombre dice. Al pronunciarlo, abiertas

Velas, el héroe en traspasar no tarda

El puente, que tras él se baja al punto,

Y en emprender la via

Que recta al campo del contrario guia.

Lo que allí le sucede

En el próximo canto verse puede.